



CAPÍTULO 1

Londres, abril de 1818

Ella era una impostora y él también.

Desde donde estaba, cerca de la balaustrada superior, North Sheffield observaba a su presa mientras daba vueltas sobre la pista de baile de mármol color marrón oscuro y crema, sonriendo entre los brazos de un lord joven y atractivo. Los diamantes relucían entre su pelo e iba a la última moda.

Encajaba tan poco en aquel ambiente, codeándose entre la alta sociedad, como él. Sin embargo, había una gran diferencia entre ambos. Ella quería pertenecer a aquel mundo. Hacía años que North había dejado de preocuparse por lo que la aristocracia pensara de él, cuando sus miembros le manifestaron claramente que, aunque podía parecer que fuera uno de ellos, su accidental nacimiento dejaba patente que no lo era.

Los bastardos no eran iguales a menos que nacieran bajo el disfraz de la legitimidad, y ni North ni la joven que se reía en la pista de baile podían atribuirse tal distinción. No obstante, el padre de North le había reconocido, mientras que el de esa joven no estaba ni a

tres metros de ella. Si sabía algo sobre su identidad, lo ocultaba muy bien.

Pobre chica. Su vida quedaría arruinada para siempre antes de que se hiciera de día. Nadie acudiría a rescatarla; su padre, seguro que no. Se quedaría en la calle, por no decir que la mandarían directamente a la cárcel de Newgate. Cuando North la desenmascarara, el destino de la joven no estaría en sus manos, y eso hacía que él se sintiera sucio.

Suspirando, sacó el reloj de plata del bolsillo y comprobó la hora. Una gota de cera del candelabro que estaba a su lado cayó sobre la esfera de cristal y los números quedaron ocultos bajo una capa blanquecina. La frotó con el pulgar antes de que se secara.

Faltaban cinco minutos para la medianoche. Sus compañeros estarían fuera, y no quería hacerles esperar, ni a ellos ni a la persona que estaba con ellos, más de lo necesario. Era una consideración que normalmente no tenía con quienes le ayudaban a resolver un caso, pero éste era especial.

Y aún se sentía más sucio por ello.

Dándose media vuelta y dejando atrás la brillante sala de baile, caminó sobre la suave alfombra de color burdeos para dirigirse hacia la escalera.

—Hay tres hombres esperando en el carruaje que está fuera —le dijo a un lacayo cuando llegó a la planta inferior—. Que entren.

El lacayo le miró como si estuviera deseando decirle que lo hiciera él, pero North, fuera o no bastardo, estaba en condición de superioridad. Asintiendo rígidamente, el joven se marchó para cumplir órdenes, mientras North le observaba con los ojos entornados y una mirada un tanto preocupada.

Se quedó de pie, solo, en un pequeño vestíbulo opulento decorado con tonos carmesí, cremas y dorados, aguardando a que sus compañeros llegaran. Esperaba que Francis se mostrara tan comedido como le había pedido. Quería darle a la joven, que se hacía llamar lady Amelia, tanta dignidad como fuera posible. Luego quedaba en sus manos si aceptaba las consecuencias de su farsa o no.

Dios santo, iba a alegrarse mucho cuando todo esto acabara. Esta situación le estaba dejando un sabor repugnante en la boca. Podía dejar que la joven se marchara y olvidarse de demostrar que era una impostora. En realidad, no estaba haciendo daño a nadie, al menos no a nadie que no pudiera permitirselo. La chica simplemente estaba intentando reivindicar una vida que creía que tenía derecho a vivir. Por supuesto, la gente sospechaba de ella. De lo contrario, a nadie se le habría ocurrido contratar los servicios de North para desentrañar la verdad. El fiasco de «Caraboo» del año anterior había generado mucha paranoia entre la alta sociedad, y cualquier persona nueva era sospechosa.

Y por este motivo North no podía dejar que lady Amelia escapara. Al descubrir su secreto, supo que no podría dejar que se marchara, porque hacerlo no sólo sería perpetuar una mentira, sino que si la verdad se descubría algún día, acabaría con la fama de hombre discreto y honorable de que North disfrutaba entre la aristocracia. No podía permitirse que su nombre quedara más mancillado aún de lo que ya estaba por cómo había nacido y por su profesión.

Hijo bastardo del difunto vizconde de Creed y Nell Sheffield, una actriz escocesa, North había vivido gran parte de su vida al margen de la sociedad. En el mundo

de su madre, había sido fácilmente aceptado y querido. Después de su muerte, había ido a vivir con su padre y sus hermanos, a pesar de la desaprobación de lady Creed. Había sido a ese mundo, el mundo de su padre, al que había querido pertenecer tan desesperadamente. Pero al final se dio por vencido.

Ahora esa misma gente que le había rechazado le contrataba para que le lavara los trapos sucios y le protegiera de sus desagradables secretos. De repente estaba muy solicitado y era bienvenido entre la aristocracia. North guardaba sus secretos como si de los suyos propios se tratara, aunque se recordaba a sí mismo que jamás debía confundir sus ofrecimientos de amistad, porque no eran nada más que frágiles propuestas que no tenían más solidez que las gotas de cera que aún estaban pegadas en el borde de su reloj.

Quería que Francis y los demás se dieran prisa para acabar este trabajo de una vez. Aún no se había encontrado con nadie que le conociera, sobre todo porque se había pasado gran parte del poco tiempo que llevaba allí escondiéndose entre las sombras, pero ahora estaba al descubierto, y si alguien le veía, los rumores no tardarían en aparecer. La gente empezaría a sospechar que estaba allí por algún motivo, puesto que sólo alternaba con la alta sociedad cuando trabajaba en un caso. No quería responder a ninguna pregunta, y tampoco quería que la chica sufriera más de lo necesario.

—¿Listo?

North levantó la mirada. Era Francis. A pesar de que medía más de un metro ochenta y era un hombre fuerte y musculoso, de algún modo había conseguido acercarse sigilosamente hasta North. Esto no era buena

señal. Era una prueba más de lo mucho que le afectaba este caso en concreto.

—Me llevaré a la chica —le dijo Francis—. Un lacayo te llevará a una entrada aparte con nuestro invitado.

Su compañero se pasó la mano por la tupida barba plateada.

—Tengo un mal presentimiento.

Pues ya eran dos. El instinto de North le estaba diciendo a gritos que esa noche iba a acabar mal, que debía marcharse ya. Pero no podía. Tenía una tarea que cumplir, por ingrata que fuera.

—Acabemos con esto de una vez.

Se dirigió hacia las puertas de la sala de baile, dejando a Francis solo para que cumpliera con su parte. Quería que la noche acabara pronto.

Abrió la puerta de dos hojas, permitiendo que el antes silencioso vestíbulo quedara inundado del ruido y el calor de la sala de baile; todos sus sentidos se retrajeron. Entornó los ojos al ver las luces brillantes y las joyas relucientes. Se le encogieron los tímpanos al oír el sonido de un violín mezclado con la risa aguda de una matrona aristócrata. Las voces incoherentes le abrumaron, obligándole a retroceder mientras se esforzaban por ser oídas. Su nariz se acobardó ante los olores de tantos cuerpos, unos sin lavar; otros demasiado perfumados, demasiado calientes. Sudor rancio, sudor fresco, humo acumulado. Demasiado perfume, demasiado ron de laurel. Y demasiado poco jabón.

Aunque lo peor era que el corazón no dejaba de palparle con fuerza.

Su entrada pronto atrajo la atención, como sabía que ocurriría. Uno de los escollos de su nueva reputación era por supuesto la reputación en sí misma. El he-

cho de que hubiera asistido a esta fiesta quedaría reflejado en todas las columnas de chismorreos del día siguiente, junto con una declaración de que su búsqueda había sido un gran éxito. Esperaba que no se enteraran de la verdadera razón de su presencia allí. Sin duda, la verdad acabaría saliendo a la luz, pero por ahora North haría todo lo que estuviera en sus manos para que «lady» Amelia tuviera una oportunidad para luchar.

No le debía nada; no le debía nada a nadie, en realidad. Ni siquiera abrigaba la ilusión que otros muchos bastardos parecían tener de que el mundo les debía algo. Zanjaba todos los asuntos y deudas tan rápidamente como podía, y cuando alguien le debía algo a él, lo cobraba cuando lo creía conveniente o se olvidaba de ello hasta que lo era. No tenía expectativa alguna. Era mucho más fácil que no te decepcionaran de este modo. Seguro que lady Amelia estaría de acuerdo.

¿Estaría Octavia también de acuerdo?

Lady Amelia ya no estaba bailando. Estaba al lado de su galán, el hombre cuyo padre había contratado sus servicios para investigarla, sonriéndole con su mirada oscura y un afecto evidente. Y North iba a estropearlo todo.

Alguien de su grupo dijo algo, y la mirada de la chica abandonó a su enamorado para encontrarse con la de North. Vio un ligero parpadeo de pánico en sus ojos antes de que los pusiera en blanco. Sabía, o al menos temía, que North estaba allí por ella.

Él no se molestó en prolongar su preocupación. Moviéndose rápidamente entre la muchedumbre, saludando a los que conseguían atraer su atención, North se acercó hacia la joven a cuya farsa iba a poner fin en breve. Sonrió, esperando que ella le siguiera la

corriente y también fingiera. Con vacilación, la muchacha le devolvió la sonrisa.

Se colocó delante de ella e hizo una reverencia.

—Lady Amelia, es un placer verla de nuevo.

Como evidentemente era una chica inteligente, Amelia ignoró el hecho de que jamás se hubieran visto con anterioridad.

—Señor Sheffield.

La chica le conocía bastante como para saber que North prefería que le llamaran por el apellido de su madre.

—Tengo una amiga que está aquí conmigo y que quiere conocerla mejor. Me preguntaba si podría complacerla y si me permite que se la presente.

Era evidente que la joven habría preferido correr desnuda por las calles de Whitechapel a acompañarle, pero también parecía ser lo bastante lista como para saber que era mejor no montar una escena. Eso hacía que aún se sintiera peor por ella. Pero no era lo bastante hombre como para dejarla escapar y enfrentarse a su propia ruina, no después de haber trabajado tanto. No cuando este hecho podía afectar a su familia.

Amelia colocó la mano sobre su brazo.

—Claro, señor Sheffield —dijo, lanzando una última mirada a su galán y haciendo que el corazón marchito de North se desgarrara al verlo.

Amaba al joven y él a ella. ¿Acaso él sabía su terrible secreto? ¿Sabía que no era lo que decía ser? Por un momento, a North le recordó a otra joven, una que no había fingido ser una señorita, pero que había acabado convirtiéndose en una de todas formas.

—No tardes —dijo el joven.

Amelia negó con la cabeza y dio media vuelta. North vio cómo se le empañaban los ojos de lágrimas.

Se sentía mal, porque hubo una época en la que se había parecido mucho a ella: había sido un forastero en ese círculo, que sabía que por un giro cruel del destino no pertenecía al mundo que contemplaba, sino que sólo era un intruso. La única diferencia era que a North no le habían dado la oportunidad de pertenecer a él. Quizá habría reaccionado exactamente como ella. Lo habría arriesgado todo sólo para sentir que pertenecía a ese mundo.

—¡Amelia!

La chica que le cogía el brazo se quedó helada al ver a la mujer que no estaba ni a dos metros de ellos, y North no tuvo más remedio que detenerse también. Desafortunadamente, se detuvieron justo al lado de lord Barnsley, el padre de Amelia. Hasta ese momento, North había estado seguro de que Barnsley no tenía conocimiento de la existencia de su hija. Sin embargo, todo cambió cuando la mirada horrorizada del vizconde pasó de centrarse en la mujer que estaba de pie en medio de la pista de baile, pobre y afligida aunque imponente y con aires de desdén altivo, a la joven que sujetaba el brazo de North.

Barnsley había reconocido a su antigua amante, y ahora reconocía su propia sangre.

¿Cómo había ocurrido todo esto? ¿Cómo había entrado allí la madre de Amelia? North le había pedido a Francis que la llevara por otro camino. Esta reunión debería haber sido mucho más privada, en lugar de convertirse en un espectáculo.

Ahora era imposible escapar con discreción. A menos que North hiciera algo rápido.

—Señor —le dijo a Barnsley—. ¿Nos podría acompañar, por favor?

Luego miró a la madre de Amelia.

—¿Señora?

Los curiosos seguían sus pasos y observaban cada movimiento y expresión. North les lanzó una breve mirada aburrida. Sólo quería irse a casa.

Entonces la vio. Por el rabillo del ojo, vislumbró su cabellera del mismo color que las fresas maduras. Sólo conocía a una persona con ese tono de pelo.

Octavia. Por eso no había dejado de pensar en ella toda la noche. El corazón de North seguramente la había percibido.

Con el corazón latiéndole con fuerza contra las costillas, se atrevió a mirarla, esperando y temiendo estar en lo cierto. Y lo estaba.

De pie entre la muchedumbre estaba la mujer que en su día había considerado su mejor amiga, su única amiga. Habían hecho tantos planes juntos, habían vivido tantas aventuras juntos...

Seguía siendo muy hermosa. Los años la habían tratado bien. Ya no era tan enjuta ni sus formas eran tan angulosas; era alta y delgada, una diosa de marfil con ojos de color zafiro y labios de color rubí. En su día había estado a su alcance, y ahora no podía estar más lejos de él. Tan lejos como le había saltado el corazón del pecho.

Parecía que se dirigía hacia él. ¿Cuántas preguntas suscitaría este encuentro? North se había pasado los últimos doce años evitándola para que la gente no se percatara de que se conocían. Le había resultado fácil, porque casi nunca se movían en los mismos círculos. Se había prometido que la dejaría en paz, para que pudie-

ra tener la vida que se merecía. No le convenía que la relacionaran con él, de eso estaba seguro.

Octavia dio entonces un par de pasos hacia él, pero North volvió la cabeza. Ella se quedó helada, frunciendo el ceño ligeramente. La sonrisa le desapareció en el acto, así como el brillo de los ojos. Se había alegrado de verle hasta que él la había rechazado. Se había alegrado.

Por Dios, ¡pero si él también se alegraba de verla! Tanto, que le dolía.

Obligándose a mirar hacia otro lado, se centró en las puertas que tenía delante y se dirigió hacia ellas. La muchedumbre se apartó con facilidad, mientras invitados anónimos le lanzaban preguntas. No respondió a ninguna. Si alguien le preguntaba cómo se llamaba, no creía que pudiera recordarlo.

—¿Estás bien, querida?

Le temblaban las manos, tenía la boca seca y estaba casi segura de que gracias a las cejas el sudor no le corría por las mejillas. ¿Acaso parecía estar bien?

Octavia Vaux-Daventry colocó una mano tranquilizadora sobre el brazo de su compañero.

—Estoy bien, Spinton, gracias.

Pero no estaba bien, en absoluto.

La última persona a la que había esperado encontrar allí, en Whortons', era Norrie Sheffield. ¿O acaso le llamaban Ryland ahora? No tenía ni idea. Durante muchos años había seguido sus hazañas, pero le había perdido la pista cuando se alejó de la aristocracia. Recientemente, se había convertido en una persona muy prestigiosa entre los miembros de su círculo. Todos parecían querer que estuviera en sus fiestas. North casi nunca asistía a

los eventos, a no ser que fuera por trabajo. Seguro que esta noche estaba aquí por trabajo, pero por fin le había visto de nuevo.

Ya no era ese niño dulce y delicado que había conocido. Era un hombre maduro y fuerte. Tenía una barba incipiente y arrugas alrededor de los ojos. ¡Oh, esos bonitos ojos! Era como mirar un lago una mañana de invierno despejada. Seguía llevando el pelo un poco más largo de lo que dictaba la moda y seguía siendo tan maravillosamente oscuro y rebelde como siempre. Alguien le había roto la nariz en algún momento a lo largo de esos doce años, lo que tendría que haber manchado su atractivo, pero en realidad seguía siendo tan hermoso como siempre.

Hermoso. Ésa era una de las palabras que utilizaba su madre. La querida, queridísima, Nell. Hacía mucho que ya no estaba entre ellos, mucho más que la madre de Octavia. Nell Sheffield había sido una mujer extraordinaria. No habría cambiado su vida por nadie. No se habría casado con un hombre al que no hubiera querido sólo porque hubiese hecho una promesa a un hombre que estaba muerto.

Y pensar que Octavia había decidido aceptar la propuesta de Spinton esa noche. En su momento parecía la decisión acertada, pero ahora...

Ahora se alegraba de no haber expresado en voz alta su decisión, porque no estaba tan segura de su respuesta. En teoría, tenía que convertirse en lady Spinton. Eso es lo que esperaban de ella desde hacía muchos años. Y lo haría. Había hecho una promesa, y siempre cumplía sus promesas.

Casi siempre.

También le había prometido cosas a North, pero él

aún estaba vivo y su madre y su abuelo estaban muertos, y lo prometido a los difuntos no se podía tomar a la ligera, sobre todo cuando les debía tanto a ambos.

North no había querido verla. En cambio, ella había deseado con todas sus fuerzas correr hacia él y rodearle el cuello con los brazos. Había sido como si su corazón renaciera al verle, como una vieja herida que volvía a abrirse después de haber estado cerrada durante años. Por un segundo, le había parecido que la vida era justa.

Ahora se había ido, y esa sensación de felicidad se había ido con él porque no había querido que ella se le acercara. No había querido que le reconociera. ¿Por qué? ¿Acaso se avergonzaba de ella? ¿Pensaba que le había vuelto la espalda a él y al resto de su pasado? Era cierto, pero ¿bastaba eso para que la desairara?, ¿para que fingiera que jamás habían sido amigos, que jamás habían sido más que amigos?

Verle sólo un momento no le bastaba. Un solo desaire no bastaba para disuadirla. Quería volverle a ver. No quería creer que le guardara rencor, no después de todo lo que habían pasado juntos y habían significado el uno para el otro.

—Querido —dijo, dirigiéndose a Spinton (el bueno de Spinton) una vez más—. ¿Te importaría llevarme a casa?

La expresión de Spinton, con su tez delicada y bien afeitada, sin ninguna arruga alrededor de los ojos oscuros y con esos finos labios, reflejaba preocupación.

—¿A casa? Pero aún es temprano. ¿No me habías dicho que estabas bien?

—Estoy bien. Sólo un poco cansada. Por favor, ¿me llevas?

No fue correcto por su parte, pero añadió un tono de súplica al final, inclinó un poco la cabeza y le miró con ternura. Spinton era un buen hombre, un hombre agradable, y era tan fácil de manejar como un niño que estaba aprendiendo a andar. Se trataba de mostrarle dónde tenía que colocar los pies y él obedecía.

—Claro que te llevaré a casa. ¿Seguro que no necesitas nada del boticario?

—Sólo necesito descansar. Me temo que se ha hecho demasiado tarde para mí —le respondió, dándole una palmadita en el brazo.

Spinton asintió y la acompañó a la salida.

—Hay demasiada gente, y para mi gusto hace demasiado calor.

Octavia le observó, repasando con la mirada desde la coronilla de su rubio cabello hasta el impecable nudo de su pañuelo de cuello. Llevaba el pelo perfecto y no se podía apreciar ni una gota de sudor. Estaba impecable. Era ella quien sin duda debía de parecer tan marchita como una flor sin agua.

El vestido de seda de color marfil se le pegaba a las piernas mientras andaba y tenía los pies sudados y calientes por las medias y los zapatos. Incluso sentía la nuca mojada, y ahora un lacayo le estaba colocando la capa sobre los hombros, con lo cual aún se sentía más incómoda.

Sí, quería regresar a casa, donde podría tumbarse en la cama, entre sábanas frías y limpias, y sentir la suave brisa de la noche entrando por la ventana y acariciando su piel acalorada.

Y pensar en North. Sí, necesitaba paz y tranquilidad para pensar en volver a ver a su Norrie de nuevo.

Jamás había ido a verla a casa de su abuelo, y no le culpaba por ello. Pero tampoco le había escrito, ni le ha-

bía mandado un mensaje a través de alguno de sus hermanos cuando los veía en público. Era como si la hubiera borrado completamente de su vida. ¿Por qué? Seguro que sabía que le echaba de menos. ¿Acaso había sido por culpa de su abuelo? No creía que Norrie temiera a nadie, ni siquiera a un conde. No, había decidido por iniciativa propia no ponerse en contacto con ella, olvidarla.

Pero desgraciadamente ella no le había olvidado. Oh, sin duda había dejado de pensar en él de vez en cuando, durante días, incluso semanas, pero jamás completamente. No era el tipo de persona que pudiera olvidar a su mejor amigo.

—No creo que te encuentres tan bien como dices estar —señaló Spinton una vez dentro del carruaje—. ¿Has recibido otra carta? ¿Por eso estás tan desconcertada?

¿Aún estaba allí? La mirada de Octavia se centró en el hombre que tenía delante. Se había olvidado del pobre Spinton.

Sin embargo, de «pobre» tenía poco. Era el nuevo conde de Spinton, y era el heredero del abuelo de Octavia. En realidad, eran primos, aunque lejanos.

—No —respondió ella distraídamente, puesto que su mente aún no estaba dispuesta a renunciar a pensar en North para centrarse en otra cosa—. Desde el martes que no he recibido nada.

—Están llegando con más frecuencia —apuntó Spinton, frunciendo los labios.

¿De veras? En realidad, Octavia no había pensado demasiado en el tema, pero él creía que las cartas eran de una naturaleza mucho más siniestra de lo que ella sospechaba. Spinton creía que las escribía una mente perturbada, pero Octavia pensaba que se trataba de los desvaríos románticos de un admirador

secreto. Eran mala poesía, odas estúpidas sobre su pelo, sus ojos e incluso sus pies. ¿Cómo iba a pensar que el autor era peligroso? Era irritante, en el peor de los casos.

—No creo que tengamos que preocuparnos por las cartas —señaló Octavia, conteniendo un bostezo con una mano enguantada.

Oh, madre mía, se había ensuciado el guante con el pintalabios.

Spinton no parecía tan seguro como ella, lo cual no era de extrañar.

—Me gustaría que me permitieras contratar a alguien para que investigara el caso.

—¿De veras? Spinton, no es importante —dijo, y bostezó de nuevo—. Discúlpame. No sé por qué estoy tan cansada de repente.

Su compañero la miró a la tenue luz mientras el carruaje se metía en un surco de la calle y los empujaba a ambos de lado a lado.

—Pues yo sí lo sé. Es porque no puedes dormir. Te pasas las noches preocupándote por el dinero y por esas malditas cartas. No intentes convencerme de lo contrario, porque no voy a creerte.

No, claro que no. Spinton era un hombre bueno y amable, pero era tan tozudo y terco como una mula. Prueba de ello era lo mucho que había esperado a que ella se casara con él.

Sí, tenía razón. A menudo se preocupaba por el dinero, pero no era porque no tuviera, sino porque tenía demasiado. Jamás en su vida había tenido acceso a tantos fondos, pero desde de la muerte de su abuelo, hacía un año, era una mujer muy rica, y no tenía ni idea de qué hacer con tanto dinero. Dejar que se consumiera le

parecía muy improductivo, pero no tenía muchas nociones de la Bolsa ni de inversiones que valieran la pena.

Sin embargo, no se preocupaba por esas malditas cartas. El único momento en el que interferían en su sueño era cuando algún estúpido mensajero le traía una a horas intempestivas. No, se había acostado tarde la noche anterior porque había estado pensando en su madre y preguntándose cómo podría haber sido su vida. Si su abuelo no hubiera ido a buscarla después de la muerte de su madre, si no hubiera descubierto que era la hija legítima de un lord inglés, seguramente habría seguido los pasos de su madre y habría acabado no sólo sobre un escenario, sino convirtiéndose en la amante de algún hombre.

Ése había sido el miedo que la había llevado a North con esa sorprendente petición; una petición que había dudado en satisfacer, pero que le había concedido al final.

—Sé que te dije que respetaría tus deseos y que no insistiría, querida, pero me gustaría que te centraras en el tema de nuestro matrimonio. Casi ha pasado un mes desde que te propuse la idea.

Octavia esbozó una tímida sonrisa a modo de respuesta. ¿Qué más podía decir? ¿Que se había decidido pero que ver a North Sheffield de nuevo la había hecho dudar? Quizá quisiera saber por qué estaba dudosa y entonces tendría que mentirle, porque no podía decirle cómo se había sentido al ver a North otra vez.

Se había sentido como si finalmente en el mundo todo estuviera bien. Había sido un momento de paz en la cacofonía de su vida.

No, no podía decirle al hombre que quería casarse con ella que otro hombre hacía que se sintiera como él jamás la había hecho sentirse. Y tampoco podía decirle que ese mismo hombre le había hecho cosas que ella ja-

más le había permitido hacer a él. Si finalmente se casaba con Spinton, esperaba que no se diera cuenta de que su candorosa novia no era virgen.

Quería cumplir la promesa de su abuelo y casarse con Spinton, pero no inmediatamente. Y tampoco tenía intención alguna de decirle que había hecho el amor con North Sheffield hacía doce años, no porque quisiera engañarle, sino porque sus recuerdos de North eran sólo para ella, y no los compartiría con nadie más.

Spinton suspiró. Parecía que no se daba cuenta de que Octavia no le estaba prestando atención.

—Lo siento, querida —le dijo—. No quería disgustarte.

—No lo has hecho —respondió ella inmediatamente.

Aunque North sí la había disgustado cuando le había girado la cara. «No me conoces», parecía decir su mirada, y seguía sin llegar a entender por qué.

Ni cartas, ni contacto alguno; sólo flores el día de su cumpleaños. Aún se las mandaba, porque había recibido un ramo el día de su último aniversario, cuando cumplió los treinta. La tarjeta que las acompañaba le deseaba un feliz cumpleaños con una letra que no reconocía. North jamás firmaba las tarjetas.

El regalo de este año había sido un triste recordatorio de que empezaba a ser demasiado mayor para continuar estando soltera. Sólo su dinero le permitía continuar estándolo, pero incluso la riqueza tenía sus límites. Algún día a Spinton se le agotaría la paciencia.

—Me pregunto qué asunto se llevaba Sheffield entre manos en Whortons' esta noche —dijo Spinton pensativo, mirando por la ventana hacia la oscura calle.

A Octavia le dio un vuelco el corazón al oír su nombre.

—Parecía que era algo relacionado con lord Barnsley.

En realidad, por lo que había entendido de la situación, creía que la mujer de clase social más baja que había llegado al baile era la madre de «lady» Amelia, y lord Barnsley seguramente fuera el padre de la muchacha, pero sólo lo intuía por cómo se habían mirado entre ellos.

—Quizá debería hablarle a Sheffield de tus cartas. ¿Podrías descansar mejor sabiendo que está investigando el caso?

Octavia se tragó una obscenidad que había aprendido hacía muchos años en las calles de Covent Garden.

—¿No crees que estás exagerando demasiado con lo de estas cartas? De veras, son inofensivas.

—Creo que no te lo estás tomando suficientemente en serio —respondió él de mal humor.

Si Spinton le decía a North lo de las cartas, seguro que dormiría aún peor. O bien North rechazaría la propuesta de Spinton (lo cual sería una elección inteligente pero dolorosa, puesto que sabría que no quería ayudarla), o bien se imaginaría que alguien podía amenazarla y entraría de nuevo en su vida, dispuesto a encargarse y a arreglarlo todo, como siempre había hecho en el pasado. Y no había nada que arreglar. Al contrario, había más posibilidades de romper del todo la relación que de arreglarla.

Octavia suspiró.

—Agradezco tu preocupación, Spinton, querido, de veras, pero creo que el señor Sheffield tiene cosas más importantes que hacer que vigilar mi correspondencia.

La mirada que el conde le lanzó estaba tan llena de afecto que Octavia sintió que no se la merecía.

—No hay nada más importante que tu bienestar.

Dios santo, ¿por qué tenía que ser tan amable y considerado? ¿Y por qué no podía sentirse agradecida por ello? ¿Por qué tenía que sentirse tan culpable en todo momento?

Porque sabía muy bien que lo que Spinton sentía por ella era mucho, muchísimo más profundo que lo que ella sentía por él, y sabía que se merecía algo mejor. Bueno, al menos uno de ellos sería feliz en su matrimonio, hasta que su falta de interés le convirtiera en alguien resentido por la pena.

El carruaje se detuvo. Finalmente, había llegado a casa.

—Te acompañaré hasta la puerta —le anunció Spinton con un tono que no admitía oposición.

Octavia sabía que no valía la pena intentar negarse. Sólo esperaba que no tratara de besarla en la boca de nuevo. Se estaba convirtiendo en una costumbre perturbadora últimamente.

Un lacayo colocó los escalones para que pudieran bajar del carruaje. Spinton bajó primero y luego se volvió para ofrecerle la mano. Octavia la aceptó, esperando que la mancha de pintalabios de su guante no manchara el suyo.

En la puerta de su casa, Spinton la miró, aún sujetándola de la mano.

—Sabes que me preocupo por ti, ¿verdad, Octavia?

Dios santo, no iría a soltarle uno de sus discursitos de «Yo soy el hombre fuerte y tú la debilucha», ¿verdad?

—Claro que lo sé.

Spinton sonrió, apretándole con suavidad la mano. Luego inclinó la cabeza y la besó, afortunadamente, en la mejilla.

—No permitiré que te hagan daño —dijo, haciendo una reverencia antes de partir.

Octavia no se quedó para ver cómo se marchaba. Abrió la puerta y se deslizó en la oscuridad de su vestíbulo, donde su mayordomo la esperaba para quitarle el abrigo. Murmuró un «buenas noches» antes de subir corriendo a su habitación. Las palabras de Spinton aún resonaban en sus oídos y sintió como si mil mariposas estuvieran atrapadas en su estómago. Su promesa la había desconcertado, pero no porque indicara una profunda emoción y un afecto permanente.

No, había oído una promesa similar con anterioridad: la noche antes de que North Sheffield permitiera que su abuelo se la llevara.

—Dame tu cartera, venga.

En las horas sobrecogedoras antes del amanecer, North suspiró en medio del extraño silencio de Covent Garden. Se oía un sonido aquí y allá, un golpe, un estrépito, unos gritos repentinos, y luego nada, sólo silencio. Un silencio lleno de entusiasmo de demasiadas orejas, esperando y escuchando.

Como el hombre que tenía detrás, por ejemplo, que sin duda había estado acechando entre las sombras durante un rato, observando y aguardando a que un pobre hombre bien vestido pasara por allí para poder amenazarle con el cuchillo por la espalda y robarle todo lo que llevara encima.

—Vete —gruñó North.

La presión del cuchillo aumentó. No estaba afilado. North ni siquiera podía sentir la punta a través de su chaqueta. Sin embargo, la situación continuaba siendo

peligrosa, porque eso sólo indicaba que el cuchillo tardaría más en abrirse camino hasta llegar a sus costillas.

Un aliento rancio a cerveza le rozó la cara.

—He dicho que me des tu cartera.

—No llevo cartera —respondió North sonriendo.

—¿Por quién me tomas? —preguntó el hombre con incredulidad—. Todos los tipos como tú lleváis dinero encima.

—Pues yo no —respondió él, encogiéndose de hombros.

La presión de la espalda cedió por un instante mientras el hombre intentaba decidir si North estaba mintiendo. Fue la oportunidad que necesitaba. Se volvió a toda prisa y cogió al ladrón por la muñeca, alejando el cuchillo con la mano izquierda y golpeándole la cara con la derecha.

El hombre gruñó, pero no tiró el arma. Aprovechándose de la desorientación de su adversario, North le empujó hacia atrás, hasta que tuvo al granuja contra una pared. Allí, bajo el resplandor desvaído de una vela que había en una ventana y a la pálida luz del amanecer, el hombre que le había atacado miró a North por primera vez. Empalideció.

—Sheffield —susurró con unos ojos abiertos como platos.

North sonrió de nuevo, pero su expresión no era la de un hombre que estaba de buen humor. Sin soltar al tipo de la muñeca, le agarró el cuello con la otra mano.

—El mismo. Y por ese tumor desafortunado de tu cara, supongo que tú eres Charley Cara Topo, ¿no?

El hombre asintió.

A North le invadió una oleada de placer al ver que el ladrón lo reconocía.

—Trabajas para Harker.

Charley no contestó, pero la ligera dilatación de sus pupilas bastó. North sonrió abiertamente, torciendo la boca.

—¿Le impresionará a tu jefe que hayas intentado atracarme esta noche, o te estropeará más aún tu bonita cara cuando se entere de que no me liquidaste?

Un parpadeo fue su única respuesta. Sin duda, Charley se preguntaba exactamente lo mismo.

—Quiero que le des un mensaje a Harker —dijo North, apretando los dedos sobre el sucio cuello del ladrón—. Dile que disfrute de su libertad mientras pueda, porque acabará muy pronto y de forma abrupta. Sabes lo que significa «abrupto», ¿verdad, Charley?

El ladrón habría tenido un aspecto temible de no ser por la sangre que le goteaba de la nariz. North le soltó, después de dejarle sin el arma con un movimiento diestro.

—Lárgate.

Y Charley se limitó a obedecer. Desapareció entre las sombras como suelen hacer las ratas. North se metió el cuchillo en el bolsillo y se dirigió a casa.

Ya en la seguridad de su propio estudio, se lavó la sangre de Charley de los nudillos y se dejó caer en la silla que había detrás de su escritorio con un suspiro cansado. Abrió el cajón inferior y sacó una petaca de plata y una miniatura. La petaca contenía un whisky escocés viejo, que reservaba para esas noches en las que necesitaba una excusa para atontarse. Esta noche lo necesitaba para que le ayudase a mitigar las sensaciones que se despertaban en él al contemplar la cara de la miniatura.

Octavia era muy joven cuando pintaron ese retrato.

Lo sabía porque él no era mucho mayor que ella y había encargado que le hicieran otro a él. ¿Lo tendría aún Octavia? ¿Lo sacaría de vez en cuando para contemplarlo como hacía él, preguntándose lo que podría haber sido? ¿Le echaría de menos como él la echaba de menos a ella?

Tomó un buen trago de la petaca y contempló la pintura mientras acariciaba el marco ovalado de marfil con el pulgar. Esas mejillas redondas y suaves habían desaparecido y en su lugar ahora había unos pómulos fuertes y elegantes. La barbilla mostraba más obstinación y la nariz era más respingona, pero los ojos eran los mismos: brillantes y candorosos, inocentes aunque seductores. Aunque le cubrieran el resto de la cara, North podría saber que se trataba de ella sólo por los ojos.

No le debía nada, pero sentía el dolor de haberla rechazado con tanta fuerza como si ella le hubiese rechazado a él. ¿Le debía algo ella a él? No estaba seguro. Probablemente, no; pero estaría bien que le dejara tranquilo, que dejara de ejercer esa extraña influencia sobre él. Su reacción al verla esa tarde había sido un recuerdo doloroso de cuánto había significado para él en el pasado. Ahora, si hacía caso de los chismorreos, iba a casarse con otra persona. Un conde. A North probablemente no le invitarían a la boda.

Sí, claro que le debía algo. Maldita sea, sí. Le debía un adiós.

Pero ¿tenía él la valentía de escuchar de su boca ese adiós?